

QUERIDA LECTORA, QUERIDO LECTOR:

Esta va a ser la última vez que me dirija a vosotros separando los géneros y haciendo uso del doblete gramatical. Me dirijo a vosotros, a la manera «clásica», para informaros de que el librito que acabáis de abrir pretende ser un ensayo literario, es decir, un texto de no ficción que de vez en cuando se tiñe de ella para ofrecer una visión subjetiva de un asunto que afecta y puede interesar a una comunidad. Una visión subjetiva diletante y poco profesional –últimamente me asquea esa palabra– en torno a un tema que se presenta de un modo excéntrico. Quiero, como Feijoo, desdecir o matizar algunos lugares comunes; discutir lo que se da por sentado; nombrar los prejuicios y tabúes que rodean los usos amorosos del postfranquismo y la democracia españoles. Reflexionar sobre lo inmutable y lo contingente. Sobre la posibilidad de demoler lo inmutable como un edificio de treinta plantas que se dinamita desde los cimientos. Demoler lo que se ha convertido en universal y eterno por la fuerza de la costumbre y el peso de la Historia.

El recuerdo de Carmen Martín Gaité¹ es evidente y buscado, y también lo es la conexión de estas páginas con alguno de los libros que he ido escribiendo a lo largo de mi vida. Sobre todo, con *La lección de anatomía*.² Para mí,

1 Martín Gaité, Carmen. *Usos amorosos de la postguerra española*. Anagrama. Barcelona. 1987.

2 Sanz, M. *La lección de anatomía*. Nueva versión. Prólogo de Rafael Chirbes. Anagrama. Barcelona. 2014.

siempre ha sido una preocupación tratar de desentrañar los preceptos culturales y políticos de una sociedad que a menudo nos daña. Y el amor, que tanta felicidad y tantos orgasmos nos proporciona, es también el sentimiento que más nos hiera, que más puede llegar a minimizarnos hasta reducirnos al tamaño inverosímil y acoquejado de una Pulgarcita monocelular o de un hombre invisible, al que le han robado la gabardina y las gafas, incluso el sombrero, y se pone de puntillas para que alguien lo vea. El amor, manipulado interesadamente, reinterpretado en escenas artísticas que van configurando el *deber ser* de nuestra sentimentalidad, nos produce urticaria y nos reprime, nos encorseta dentro de un molde lastimoso en el que, a veces, encontramos una rendija. Entonces, llega el placer, la solidaridad, el escaparse de una acepción de la pasión amorosa que desde el romanticismo de ayer hasta la auto-explotación comercial de hoy, ha proyectado sus facetas –rotas como esquirlas que se clavan– sobre las mujeres. Porque el amor correspondía al espacio que tradicionalmente se nos había asignado: la casa, el hogar, la familia, la alcoba del prostíbulo. Ahora andamos explorando otros territorios y tal vez busquemos ser amantes y amorosas de otra forma.

Afronto estas páginas con afán de exploradora por todo lo dicho y porque el ensayo es un género subjetivo y paseante, y a mí me gusta andar e ir mirando y soy mujer y nací cuando Franco, el dictador, estaba a punto de morirse en la cama. Mi pubertad coincidió con la pubertad de un país con el que compartí la alegría, pero también el miedo. Por otra parte, como soy consciente de que abordo un tema que no solo me afecta a mí, he procurado trascender el caparazón de mi autobiografía, de mis impresiones a partir de lo vivido, y he pasado el

micrófono a un coro. A un coro griego o a las chicas del coro que, con sus reflexiones, su labor de introspección, su doble pirueta desde lo íntimo hasta lo público, re-dignificarán el nombre de la corista. Nos *empoderaremos* –sí, el verbo podría incluirse en un manual de tratamiento de la dislalia–, nos *empoderaremos*, digo, en el nombre de la corista, y no en el del Padre ni el Hijo ni el Espíritu Santo. Marilyn Monroe, *Con faldas y a lo loco* y las chicas de Ziegfeld: Lana Turner, Hedy Lamarr, Judy Garland. Cada vez que una tome la palabra tendrá el empaque de la *corifea*, la danzarina o la cantante que dirige a todas las demás. Pasaré el micrófono a un grupo de generosas *corifeas* y sus palabras servirán de contrapunto, corrección o reafirmación de mis propias reflexiones. Pepito Grillo me dará un toque en el hombro. O un empujón. Ellas abrirán el diafragma de la cámara y sacarán el texto de su posible estrechez umbilical. Me ayudarán a preservar la subjetividad que caracteriza los ensayos sin dejarme caer en el onanismo o la locura. Ellas harán que no me sienta sola frente al diagnóstico de los lectores o de los psicoterapeutas. Además, por mucho que yo la coloque bajo el microscopio y la agrande para ver sus microbios y bacilos, mi biografía es pequeña y para escribir este ensayo preciso de catalejos y magnetofones y de todo tipo de instrumentos de medición.

Ellas, mujeres nacidas entre finales de la década de los cincuenta y comienzos de la de los setenta, son mis imprescindibles corifeas, amigas pródigas que se han prestado a contestar a las preguntas de un cuestionario muy indiscreto. Agradecemos que nos hayan dejado escudriñar por un agujerito sus intimidades y sus usos amorosos: periodistas, actrices, traductoras, médicas, biólogas, escritoras, abogadas, profesoras, gestoras, asalariadas, jefas, blogueras, amas

de casa, licenciadas en Arte y en Filología, autónomas y paradas, comerciales, administrativas, secretarias, casi todas varias cosas a la vez. Las preguntas que les he formulado a ellas y a mí misma son las que articulan este ensayo. Iréis descubriéndolas en vuestra lectura. Porque todas tenemos muchas ganas de hablar y pensar sobre nuestra sexualidad, nuestro género y nuestra posición en el mundo. Quizá nos hemos mordido demasiadas veces la lengua, o la vergüenza y la culpa han podido con todo lo demás.

En un correo titulado «Cerrando el cupo», Isabel (47 años, gestora de calidad en centros de enseñanza), una corifea extremadamente emprendedora, comenta:

Querida Marta:

Te escribo para decirte que supongo que, a estas alturas del partido, tendrás más de un formulario de amigas mías que te han escrito. He recibido más solicitudes, pero he dicho que parece ser que la escritora ya tenía suficientes por el momento, pero que en caso de necesidad, se lo diría.

Esto me ha hecho pensar en la necesidad o la oportunidad que estas mujeres han encontrado de repente, en la necesidad de hablar sin tapujos sobre un tema del que hablamos tanto o tan poco en la intimidad de las amistades, y a veces ni eso. Me da que pensar.

A mí también me da que pensar. Me dice que tal vez la escritura de este libro se asiente en algunas buenas razones que van más allá de mis apetencias. También me dice que Isabel ha sido muy inteligente porque lanzó el cuestionario a sus amigas, amplificó mi red y me hizo sentir un poco de vértigo. Ratificamos la pertinencia de estas páginas. Tuvimos que cerrar el cupo.

Por último, quiero subrayar que en este ensayo faltan muchas cosas porque, pese a la fantasía de pluralidad que implica fundir mi voz con otras voces, pese a las polifonías y a la voluntad de documentarme más allá de mi entorno inmediato, todas nosotras somos blancas, españolas, heterosexuales –en principio–, de clase media, con estudios, hijas de un catolicismo heredado que la Constitución trasmutó en un *ni chicha ni limoná* llamado «aconfesionalidad» –no laicismo–. Nosotras somos representantes de esa heteronorma contra la que deben resistir «bolleras, maricas, *latines*, trans*, intersex, *negres*, *queer*, *arrománticas*, asexuales, *biciosas*, bisexuales, *gordes*, sordas, *pansexuales*, poliamorosas, moras, trabajadoras sexuales...».³ Representamos esa heteronorma, pero no somos hostiles ni discriminatorias. Hablamos desde la perversidad de esa heteronorma que a nosotras también a menudo nos hace infelices. En estas páginas, incluso nos formulamos preguntas sobre nuestra capacidad poliamorosa, nuestra bisexualidad, sobre todas las hipótesis y posibilidades de nuestra opción sexual. Hablamos desde la heteronorma para cuestionarla. Para que no nos hiera más. Todas somos hijas y algunas son madres. Algunas estamos casadas o emparejadas; otras están separadas, divorciadas, reemparejadas, sin pareja o sin pareja estable. En consecuencia, este ensayo es representativo de ese corte social, selecciona ese corte para reflejar uno de los mundos posibles que se dan en este y, bajo ningún concepto, ha querido ser discriminatorio hacia mujeres de otras razas, de otras extracciones sociales, de otras

3 La enumeración forma parte del manifiesto principal del día del Orgullo Gay celebrado en Madrid en junio de 2016 y la recoge Andrés Fernández Rubio en «*Zasca* al amor romántico», en *El País*, 1 de julio de 2016.

religiones y culturas, o que hayan elegido otra opción sexual. Tampoco ha querido discriminar a los hombres. Evidentemente subrayar este último matiz es fruto del aprendizaje de una corrección política que no siempre es grotesca y, a la vez, aflora como síntoma de mi mala conciencia o de mi incapacidad.

Por último, quiero agradecerle a Chema, mi marido, sus visitas al Instituto Nacional de Estadística y sus búsquedas en Internet.